
TRAUMA, DUELO E IDENTIDAD

María Cristina Rojas*

El gato y el ratón

En noviembre de 2002 un diario de Buenos Aires publicó una entrevista a un médico cardiólogo, quien se ocupaba del incremento de los problemas del corazón en la Argentina de la catástrofe. El mismo relató al periodista un experimento que será mi primera viñeta en esta presentación. *"Ud. pone un gato en una jaula y en la jaula de al lado, pegada, pero sin acceso de una a otra, un ratón. Pasan los días y el ratón ve que el gato no se acerca, pero no sabe si en algún momento podrá hacerlo; vive padeciendo una amenaza constante que no se hace efectiva, pero tampoco desaparece. El ratón empieza a perder peso, tiene taquicardia y mil problemas de salud; finalmente se muere. El estrés crónico lo llevó a ese final"* (*"Clarín"*, 3/11/2002).

El dramático experimento me evocó sucesos humanos característicos de las que, a partir de Bettelheim, se denominaran situaciones-límite, también designadas como situaciones de traumatización extrema.

Sabemos que, a diferencia del ratón, el psiquismo humano cuenta con condiciones elaborativas y pensantes que pueden, en ocasiones semejantes a la descrita, preservar una supervivencia más allá, aún, de lo autoconservativo. Creación e ilusión, productividad representacional transformadora del mundo, son intrínsecas a la condición humana, constituida en la producción simbólica, que trasciende su sustrato productivo, el cuerpo biológico. No obstante, en situaciones de catástrofe y ruptura social el desmantelamiento sin relevos de las lógicas y la afectación del propio pensamiento y de la palabra suponen un factor de riesgo que es, para la supervivencia del psiquismo, lo que el hambre a la sobrevida del cuerpo.

En la experiencia extrema de los campos de exterminio Agamben (Agamben, G; 1999) se refiere al pasaje de *"viviente"* a *"existente"*, siendo este

* Profesora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA).

quien sobrevive en la desubjetivación, por fuera de la vida simbólica, en lo que él denomina la "*nuda vida*". Salvadas las distancias entre nuestra situación social actual y la de dichos campos, deseo formular uno de los interrogantes que en mí convoca este año de padecimientos, pero también de reflexión sobre el trauma, el duelo, el dolor, la identidad, y por qué no, la creatividad, ¿cuáles son, me pregunto, las operatorias y condiciones que permiten al humano transitar situaciones potencialmente traumáticas, persistentes y acumulativas, sin sucumbir a esa violencia social con el arrasamiento de la propia subjetividad ni convertirse, como el ratón aludido, en víctima de una autoaniquilación generada por la constancia de la angustia y el terror?

Difícil objetivo constituye para nosotros reflexionar sobre el terremoto -por usar una metáfora- sobre sus efectos y concomitancias mientras este dura, cuando nos pensamos a la vez como afectados sociales, operando siempre en implicación. En tanto psicoanalistas que, junto a otros, vamos a la búsqueda de nuevos sentidos, nos vemos también interpelados por los requerimientos de la crisis cotidiana. Difícil tarea esta reflexión que puede, sin embargo, ser condición misma de cualquier forma de supervivencia.

Nuestra situación social de hoy difiere de la catástrofe natural: carece de instantaneidad o de final previsible. Los pequeños sismos que suceden a la crevedad del terremoto van desapareciendo hasta atenuar el estado de amenaza: esto da lugar a la elaboración de lo acontecido y del miedo y el dolor suscitados. Entre nosotros, la actividad sísmica se ha instalado no al modo cíclico, sino como forma misma, al menos por ahora, de existencia. Se trata de alteraciones profundas y persistentes del ámbito social, lo cual implica un alto grado de exigencia de trabajo psíquico para los sujetos que lo habitan. Entiendo que el sujeto, perteneciente a una trama sociovincular abierta y en constante devenir, tiene la posibilidad de ir construyéndose/ reconstruyéndose a todo lo largo de su vida, transformarse y generar cualidades nuevas; lo que puede desencadenarse a partir de los cambios del medio y de los otros. Aparecen así modalidades novedosas en consonancia tanto con los impactos del proceso social, como con la productividad de los encuentros intersubjetivos, que al desequilibrar activan -desde la perspectiva del pensamiento de la complejidad- el *proceso autoorganizador*. Autoorganización supone autonomía, pero no en el sentido antiguo de libertad. Por el contrario, es una noción ligada a dependencia, ya que para ser autónomo, y esta es la paradoja de la autoorganización, hay que depender del mundo externo, en un sentido de interdependencia; cuestión que nos exige también de perspectivas solipsistas (Morin, E., 1994; Rojas, M. C.,

2002). El psiquismo aparece, de este modo, como configuración abierta, susceptible de nuevas inscripciones, aún cuando la misma organización subjetiva establezca ciertos topes y constricciones. En los bordes de la aptitud autoorganizadora puede generarse -ante la intensidad y reiteración de los estímulos- la potencialidad traumática.

En el caso de los niños, se van conformando como sujetos en el seno de la crisis devenida nueva realidad, por ende, si la subjetividad es una producción de dispositivos sociales, más allá todavía de lo familiar, y si la familia misma se altera y transforma en la crisis, hemos de pensar en rasgos subjetivos *otros* para los niños de nuestro tiempo.

Identidad y pertenencia

La identidad no fue establecida como concepto en el corpus freudiano, no obstante, aparece en numerosos trabajos psicoanalíticos, en particular los referidos a la adolescencia, ya que la construcción del "yo soy yo" ha sido tradicionalmente considerada una de las tareas centrales de ese momento de la vida. Dicha construcción aparece sin embargo como un imposible, un lugar al que siempre se está arribando. "Yo soy yo" alude a las representaciones que yo me hago de mí, también construidas a partir de la imagen que los otros me devuelven y de sus investimentos. Dicho conjunto representacional se ve siempre afectado por la presencia, el devenir y la discontinuidad, que sustraen toda pretensión de identidad completa y perenne. Kaës (Kaës, R., 2002) sostiene a la identidad como concepto multidimensional de gran complejidad y propone partir de dos raíces que lo componen: el *autos* griego, que excluye la alteridad y se refiere sólo a sí mismo, como en el autismo, y el *idem* latino, de donde provienen identidad e identificación, que implica la idea de un comparativo: "lo mismo que yo". De tal modo, afirma, la vertiente intrapsíquica de la identidad se entreteje en otra, intersubjetiva, que corresponde a las investiduras y las representaciones narcisistas del grupo familiar sobre "*His Majesty*", (Freud, S., 1914), es decir, al apuntalamiento narcisista mutuo del bebé y su familia. Pongo en relación la cuestión de la identidad con las consideraciones que realicé sobre el sujeto, sujeto-con-otros, entramado en redes sociales y vinculares en constante flujo y transformación; desde esta perspectiva, el sentimiento de identidad se va conformando durante todo el fluir vital, en un proceso marcado por permanencias y novedad, momentos que pueden experimentarse como estables e hitos críticos que constituyen puntos de inflexión en el devenir; carece, pues, como ya dije, de punto de llegada o conclusión. Se edifica a partir de la matriz identificatoria en el nexos con los otros, articula de modo

complejo el narcisismo, el conflicto, la pulsión, la visión de la propia historia. Se trata de una experiencia correspondiente al reconocimiento del propio ser, sostenida también en lo que hace a su dimensión imaginaria por la ilusión de un sí mismo unificado, continuo e inmortal. Dicha vivencia se produce y sustenta a la vez en el mundo intersubjetivo y sociocultural. Puesta en estos términos, la identidad es también la forma en que el sujeto *se vive a sí mismo en relación con los otros y el mundo*. Operan en dicha percepción de sí factores intrapsíquicos, familiares, grupales, institucionales, es decir, sus múltiples pertenencias. Por otra parte, mi propio yo es otro, aun para mí (*“Converso con el hombre que siempre va conmigo... mi soliloquio es plática con este buen amigo”*, dice Machado). En tanto otro, excede mi representación, es decir, supone presencia inasible, cuestión esta fundante del propio Psicoanálisis. Pienso que las primeras investiduras libidinales y narcisistas a las que Kaës, haciendo pie en Freud se refiere, ofrecen el sustrato inicial identitario: soy “yo”, y me es posible reconocerme –inicialmente, en el júbilo del espejo– en tanto otro/s me ama/n, mira/n, toca/n, sustenta/n mi vida, le/s intereso. Puedo entonces sentirme “yo” –“yo con otros, entre otros”, “yo en el mundo”, por relación al menos a un alter. Ello inaugura -castración mediante- la posible instalación de una renuncia narcisista (si soy “yo” no soy el/ los otros), (Ladame, 2001) lo que podrá constituir una restricción a la fusión con el conjunto, como recorte singular. Por otra parte, dada la multiplicidad de facetas de cada sujeto, configurado y emergente de modos otros en distintas situaciones y pertenencias, podemos hablar no de una identidad unificada sino de su *diversidad*. No se trataría además de un “yo soy yo”, sino de un “**ir siendo**”. Tampoco “concluiría” en la mutualidad familia/ bebé, ya que se extiende a través del transcurrir vital del sujeto entramado. *Me refiero así al sentimiento de ir siendo yo, nunca idéntico, pero el mismo, apto para suponer que me reconozco, a un tiempo, en quien soy/ fui/ seré. Ir siendo yo, en mi productiva singularidad.*

Aulagnier (Aulagnier, P., 1975), al formular el *contrato narcisista*, plantea precisamente la cuestión del reconocimiento que el sujeto demanda al grupo; este lo designa como perteneciente, como parte de un todo y espera a cambio que el sujeto sostenga y trasmita los enunciados del fundamento, asegurando su continuidad. Es visible hoy el quiebre de este contrato, violado por una sociedad excluyente que desconoce a muchos de sus integrantes como tales, con la consecuente pérdida de apuntalamiento y referentes de la subjetividad y la posible perturbación del autorreconocimiento. Los cambios tolerables tienen cierto margen más allá del cual aparece alguna forma de ruptura, la angustia vinculada al fracaso de la posibilidad de establecer ligaduras y realizar procesos elaborativos.

Podemos así relacionar la precariedad del sentimiento de identidad, una de las dimensiones de la integración yoica, con la fragilidad de los apuntalamientos. No obstante, pensar hoy al sujeto-en-el-mundo en equilibrio siempre inestable, vulnerable a continuas desestabilizaciones, pero también apto para nuevos armados equilibrantes, implica movilidad e inestabilidad en sus pertenencias y pone en cuestión el propio requerimiento de estabilidad del psiquismo tan presente en nuestras concepciones, lo cual queda, a mi juicio, abierto al intercambio y la reflexión. Hasta acá, y sobre la base de experiencias clínicas y vitales, el sujeto parece requerir y tiende a construir puntos de consistencia o cristalización que conformen equilibrios situacionales dinámicos: ello se sustenta en *tramas de pertenencia*, siendo esta la dimensión sociovincular de la identidad. Lejos nos encontramos de la búsqueda moderna de autenticidad, del "yo" verdadero coherente, unificado, tan ligado a la fuerte valoración de la interioridad. Otros imaginarios desestiman al íntimo y profundo sujeto moderno, todo razón, abarcado en la representación y enfrentado con su objeto, sin implicancias.

Por otra parte, entiendo que la confrontación constante con la no permanencia y el tránsito hace equivalencia con la finitud, lo cual se ve a la vez favorecido por la soledad extrema y la frágil inconsistencia de los lazos; todo ello activa el riesgo de disolución yoica y la angustia de aniquilación, que amenaza con el pánico de no ser. Cuando los niveles de inestabilidad y la carencia de certezas se agudizan, parecen vaciarse las coordenadas que sostienen el yo y el sentimiento de identidad. (*"Con la garganta seca, el cuerpo anudado... y tan sólo que hubiera podido dispensarme de ser yo"*; Héctor Bianciotti: "El paso tan lento del amor").

Dado que el trabajo ha ocupado un lugar importante en nuestra sociedad en lo que hace al apuntalamiento subjetivo, la nueva sociedad del "no trabajo" nos exige repensar esta cuestión. La desocupación, sin esperanzas de pronta reocupación, es pues crítica y desapuntalante: conformar nuevas identidades y posiciones subjetivas constituye un modo constructivo de salida de la grave situación de riesgo psíquico. Para ello deben ponerse en marcha procesos de duelo, ligazones que tramiten lo traumático, desidentificaciones. Las nuevas identidades son tales en tanto estén regidas por otros centros y referentes que las identidades previas; de tal manera, pueden dejar de ser no-identidades o marginalidad, ya que esta se define tomando como eje y referencia el propio sistema expulsivo.

Destaqué ya la eficacia de las múltiples pertenencias en la producción del sujeto y su sentimiento de identidad; quiero señalar, aún con brevedad, los

distintos modos del pertenecer. Los agrupamientos conforman una apoyatura indispensable del psiquismo, una de las condiciones necesarias para sostener la coherencia de las identificaciones. Para el niño es la familia, en particular, quien ha de ofrecerle una primera pertenencia que, en el momento inicial, requiere asimetría, fusión, amparo extremo; luego, las formas de pertenecer podrán ligarse a aspectos más discriminados. Cuando un grupo ofrece un sustrato al predominio narcisista se establece lo que algunos autores denominan "*identidad de pertenencia*" (Kordon, D., Edelman, L., 1987; Bernard, M., 1987); se trata de grupos que alienan la singularidad en tanto se convierten en único dador posible de identidad, constituyendo una patología de la pertenencia que anula la multiplicidad (modalidad que aparece en su extremo en la inclusión en sectas).

Es preciso también volver a pensar los modos de pertenencia del niño a las familias afectadas. "*His Majesty*" debía solamente jugar y educarse preparándose para el mañana: alimento, seguridad y cuidados dependían en forma exclusiva de los adultos, al menos en las clases favorecidas. Hoy se exige a numerosos grupos familiares el modelo de la pobreza, ya que los padres no pueden garantizar los anteriores modos de subsistencia; este modelo supone niños con otras funciones y responsabilidades más ligadas al mundo adulto.

Se han creado a partir de la crisis nuevas condiciones, procesadas de modo diverso según la pauperización familiar sea extrema o solamente hayan disminuido los consumos y la seguridad del futuro. De cualquier modo y en distintos grados, encontramos familias afectadas como conjunto por las pérdidas y los duelos, padeciendo la amenaza de continuar perdiendo. Las vinculaciones se transforman, con frecuencia los hijos se parentalizan o al menos comparten tareas y responsabilidades ligadas al ahorro o a la supervivencia misma, según los grupos. Veamos dos opciones novedosas: Dany, de 10 años, quien fuera el hijo consentido de un papá bien empleado, que ha visto seriamente comprometida su posición económica, utiliza por propia decisión el dinero que recibe de los abuelos –antes destinado a helados o chocolates– para la compra de sus útiles escolares "así no le pido a mi papá, que no tiene". Irina, de 6 años, consultó recientemente a raíz de episodios de angustia. En los primeros encuentros dibujaba con insistencia "ojos muy abiertos". En la entrevista familiar encuentro un padre agotado y ausente, que permanece buena parte del tiempo con los ojos entrecerrados, mientras Irina, pendiente de esta condición, alude a ella con frases como "tiene sueño...", "se va a dormir...", junto a carcajadas ansiosas que comparte a veces con su madre y el hermano menor. David, el padre, enfrenta

su situación de decadencia económica con “ojos bien cerrados”, que aluden a depresión y rechazo de la realidad. Recordemos que Freud (Freud, S., 1917) señala que la aceptación de la realidad material habilita el trabajo del duelo y diferencia de tal modo el duelo normal del patológico; cuestión entonces que no puede ser pensada apelando solamente a la realidad psíquica.

En otros niveles sociales los hijos participan, como se ve en las familias de “cartoneros”, en esas nuevas prácticas, que denominaré prácticas de subsistencia; de tal modo, comparten con sus padres una ardua lucha por la vida. Vemos así hasta qué punto hoy se replantean los modos del pertenecer, del compartir, del dar y el recibir, fundamentos mismos de las vinculaciones humanas ¿No son estos niños –unos y otros– niños diferentes de los “modelos” anteriores? Nos convocan pues a variar puntos de vista y abordajes, a la vez que interrogarnos en cuanto a la posible incidencia de estos cambios en las funciones del lazo familiar.

Trauma y duelos

Para Freud el duelo es “[...] *la reacción ante la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.*” (Freud, S., 1917:241). Los duelos por los ideales, por el país que ya no es, por un cúmulo de ilusiones y creencias caídas y para muchos difícilmente renovables atañen al colectivo mismo, más allá aún de las posibles y generalizadas pérdidas personales. Las rupturas del contexto social hacen emerger en múltiples sujetos situaciones de dolor y desorganización, en otros términos, se establece un peculiar *campo de vulnerabilidad*. Es en relación con esto, que la población argentina constituiría hoy una población en riesgo psíquico.

Las teorías del duelo y del trauma se conectan: la hipótesis del duelo es coherente con la traumática, ya que se trata de procesos de ligadura y desligadura que debe realizar el psiquismo luego de la pérdida y el impacto. Pienso que su elaboración está siempre bajo la influencia de los diferentes discursos sociales, familiares, institucionales, así como de los recursos autoorganizadores de cada sujeto, que no son aislables respecto del conjunto de condiciones. Retomo así el interrogante inicial acerca de las operatorias que permiten al humano transitar situaciones potencialmente traumáticas, persistentes y acumulativas, sin sucumbir. Entiendo que los efectos de estas formas de violencia social en el psiquismo difieren en tanto opera en cada caso un entramado singular de condiciones sociales, intersubjetivas e intrapsíquicas. Es decir, *la posibilidad de la actividad elaborativa no se define*

de modo exclusivo a partir de la organización yoica previa, sino a partir de un psiquismo entramado en situaciones complejas, donde juegan diversidad de factores en simultaneidad. Por otra parte, no puedo dejar de mencionar el papel que el azar y lo indeterminado juegan en las vidas humanas.

No es posible transitar tales situaciones de impacto social y proseguir intactos. La subjetividad se ve afectada, ya sea bajo el modo de la alteración constructiva o de la ruptura generada por el trauma. No es posible el retorno a ningún equilibrio anterior idéntico: ha de generarse algo nuevo; la vida humana tiene continuidades, pero no hay igualdad en la permanencia. Por otra parte, como ya señalé, nuestro "terremoto" no es tal, sino una alteración social sin punto de retorno y sin claridad respecto del futuro.

Es preciso sí restituir, bajo modos novedosos, lo que ha estallado en la catástrofe; para ello deben ponerse en juego las investiduras narcisistas, construirse nuevos contratos, cohesionarse en la dispersión, crear a partir de los fragmentos y de recursos diferentes inexplorados. El sujeto no puede realizar estos procesos de rescate en aislamiento: es necesario que otros testifiquen, enuncien, apunten. La pertenencia grupal moviliza las funciones representativas del preconciente, específicamente afectadas en la experiencia traumática. Entiendo, en fin, que las redes humanas pueden operar como espacios transicionales facilitadores, y me refiero a la riqueza del ser-con-otros, más allá de las situaciones estrictamente terapéuticas.

Primera versión: 4/8/03

Aprobado: 1/10/03

Bibliografía

Actas de las Jornadas 2002: *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*, Buenos Aires.

Agamben, G.: (1999) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Editorial Pretextos, Valencia, 2000.

Aulagnier, P.: (1975) *La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

Bernard, M.: (1987) "Identidad y pertenencia grupal", en *Temas grupales por autores argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1987.

"Dispositivos grupales en el tratamiento del trauma psíquico", en *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares 2*, Buenos Aires, 2002.

Freud, S: (1917) *Duelo y melancolía*, vol. XIV, *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

(1914) *Introducción del narcisismo*, vol. XIV, Ob. Cit.

(1916) *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*, vol. XVI, Ob. Cit.

(1920) *Más allá del Principio de Placer*, vol. XVIII, Ob. Cit.

(1926) *Inhibición, síntoma y angustia*, vol. XX, Ob. Cit.

Kaës, R.: "Polifonía del relato y trabajo de la intersubjetividad en la elaboración de la experiencia traumática", en *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares 2*, Buenos Aires, 2002.

"Apuntalamiento múltiple o estructuración del psiquismo", en *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares 2*, 1991, y 2,1992, Buenos Aires.

Kordon, D.; Edelman, L.: (1987) "Identidad personal, identidad por pertenencia y pertenencia grupal", en *Temas grupales por autores argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1987.

Ladame, F.: "¿Para qué una identidad?", en *Psicoanálisis, APDEBA*, XXIII, 2, Buenos Aires, 2001.

Morin, E.: (1994) "La noción de sujeto", en *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires,1994.

Rojas, M. C.: "Clínica en la crisis", en *Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, 2*, Buenos Aires, 2002.

Rother, M. C., Vecslir, M.: "Fracturas de la identidad y del contrato social", en *Prejornadas del Movimiento Argentina Resiste*, Buenos Aires, 2002.

Waisbrot, D.: "Sujetos de la catástrofe", presentado en *Jornada Anual de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Buenos Aires, 2002.

Resumen

La autora se interroga sobre las condiciones que permitirían al sujeto transitar situaciones de violencia social, potencialmente traumáticas, sin sufrir arrasamiento de la propia subjetividad. Propone una concepción del sujeto ligada al pensamiento de la complejidad, perteneciente a una trama social en fluir constante y en proceso de autoorganización.

Desarrolla luego ideas relacionadas con el sentimiento de identidad y lo articula con pertenencia, considerando en particular cómo se ven afectadas las modalidades del pertenecer en la actual situación argentina. Examina también la cuestión del duelo y el trauma.

Plantea, para concluir, que los efectos de la violencia social en el psiquismo difieren en tanto opera en cada caso un entramado singular de condiciones sociales, intersubjetivas e intrapsíquicas, es decir, la posibilidad elaborativa no se define exclusivamente a partir de la organización yoica previa. La subjetividad se ve afectada, ya sea bajo el modo de la alteración constructiva o de la ruptura generada por el trauma.

Palabras claves: situación límite; desubjetivación; autoorganización; catástrofe social; sentimiento de identidad; pertenencia; trauma; trabajo de duelo; transformación subjetiva.

Summary

The present article discusses the conditions that would let the human being bear potentially traumatic situations of social violence without suffering his own subjectivity's destruction.

The paper expounds and then articulates concepts related to the feeling of identity and belonging, taking into account the way in which the modes of belonging have been altered due to the current situation in Argentina. It also examines aspects of mourning and trauma. Finally, it states the differences among the effects of social violence in psychism, since in each case a unique framework of social, intrapsychic and intersubjective conditions is involved, that is to say, the possibility of elaboration is not defined exclusively by the prior organization of the self. The subjectivity is then affected, either by the kind of constructive alteration or by the break generated by the trauma.

Key words: limit situation; desubjectivation; self-organization; social catas-

trophe; feeling of identity; belonging; trauma; mourning work; subjective transformation.

Résumé

L'auteur s'interroge sur les conditions qui permettraient à l'être humain de traverser des situations de violence sociale, potentiellement traumatisantes, sans subir la dévastation de sa propre subjectivité. Il propose une conception du sujet en cours d'auto-organisation et faisant partie d'une trame sociale en constant mouvement, selon la pensée de la complexité.

Ensuite, il développe des idées liées au sentiment d'identité et il l'articule avec celui de l'appartenance, en considérant comment sont affectées les modalités de l'appartenance dans la situation argentine actuelle. Il examine également la question du deuil et du trauma. Il pose enfin que les effets de la violence sociale sur le psychisme sont différents étant donné que dans chaque cas opère un tissu singulier de conditions sociales, intersubjectives et intrapsychiques; c'est-à-dire que la possibilité d'élaboration n'est pas définie exclusivement à partir de l'organisation préalable du moi. La subjectivité est donc atteinte, soit sous la forme de l'altération constructive, soit de la rupture entraînée par le trauma.

Mots clés: situation extrême; désobjectivation; auto-organisation; catastrophe sociale; sentiment d'identité; appartenance; trauma; travail de deuil; transformation subjective.

María Cristina Rojas
Vuelta de Obligado 2912
(1429) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4701-3303/7610
mcrojas@sion.com